

en una sucesión típica de pobrezas ancestrales. Este hombre se nos presenta como el vivo contraste humano, de bondad y cierta pureza de actos, frente a quienes protagonizaron la horrible matanza de rebeldes civiles, gracias a la audaz intervención de un telegrafista, después convertido en jefe político de Sapukai. Es el mismo «doctor» quien, tras la entrega de una talla de San Ignacio por el enterrador Tani Caceré, como recompensa u obsequio por haber curado a su hija, se vuelve pretendida y fugazmente religioso y comienza a atender solamente «a los que llegaban al tabuco con alguna vieja imagen» hasta que un día infausto María Regalada descubre todas «las imágenes degolladas», lo cual trata de explicarse la heredera del oficio más seguro por el simple hecho de que, al parecer, de aquellas tallas no había surgido nunca un milagro similar al producido por la de San Ignacio, que una noche, de forma casi intempestiva, le llenara de «un chorro de monedas de oro y plata que brillaban a los últimos reflejos, formando entre sus piernas un pequeño montón». La visión del rostro desencajado del «doctor» en esta ocasión y la contemplación de las imágenes degolladas después convierten a María Regalada en objeto de deseo para aquél, de tal manera que «Esa noche, borracho, endemoniado, farfullando a borbotones su lengua incomprensible, la retuvo con él y la poseyó salvajemente entre las tallas destrazadas», después desaparece para siempre, dejando en el pueblo una especial nostalgia de su paso por allí. «No fue mal hombre», piensa la gente. Al tiempo que desaparece este hombre del lugar, un vagón solitario sigue avanzando por las llanuras porque «Tal vez los leprosos ayudaban a los tres moradores a empujarlo», como una correcta explicación de que cualquier cosa es posible bajo los cielos de la opresión salvo, muy posiblemente, el lograr de una vez por todas la felicidad para el hombre que sufre y espera o la libertad para quienes no han cometido en su vida pecado más horrible que, precisamente, el de desear ser libres.

En seguida el propio Roa Bastos se convierte en protagonista principal de su historia, o leyenda, o canto de soledad, o pirámide de historias, y participa de manera altamente decidida de todas las desventuras de aquella masa insolidaria que viaja en el tren errático. Retrocedemos en el tiempo y desde el momento en que fuera arrojado del vagón el futuro degollador de imágenes de madera, llegamos a este otro en que el tren cobra diferente vida, conduciendo hacia Asunción a todo un universo de desarrapados y miserables. Un día aparece en el trayecto un desconocido, «era un gringo delgado», así como «tres hombres flacos y uno con facha de estanciero». Se preocupan por el entorno y se entabla una conversación en medio de la tropelía del vagón:

—Y ustedes, ¿de dónde vienen?

—Del destierro.

—Já... ¿Por la última revolución?

—Parece.

—Menos mal que los cívicos les dejan volver pronto —gruñó el gordo—.

—Nosotros no nos metimos —dijo uno a quien llamaban Ozuna—. En el levantamiento quiero decir.

—El golpe los agarró de rebote, seguro.

—Núñez y yo estábamos por recibirnos de abogados. Cuéllar trabajaba en el diario «Patria».

—Haciendo trincheras de papel —dijo Cuéllar sin reirse—.

—Nos conocimos en el lanchón que nos llevó río abajo, al destierro.

—Ahora volvemos los tres juntos —dijo Núñez—.

—Yo soy cívico. Tengo mi estancia en Kaazapá. Tampoco me metí. Y lo mismo me comieron las vacas. Así que...

—Las revoluciones se comen todo lo que encuentran —le interrumpió Núñez con su voz que parecía arañar el huesito de su nariz un poco ganchuda.

—Voy a Asunción a reclamar daños y perjuicios a los paguasús del gobierno. Ya que mis correligionarios son ahora los que mandan.

—Usted, por lo menos... Le comen las vacas pero puede reclamar indemnización. ¿Y los que se murieron?

—Esos ya no necesitan nada... —dijo el estanciero—.

—Claro —dijo Ozuna—. A esos los come la tierra.

—Bueno, bueno... —dijo el estanciero, conciliador—. No hay que hacerse mala sangre. Es el destino, dijo el sapo que se murió bajo la tabla— la barriga le volvió a temblar con su risa subterránea—. Vamos a comer nosotros también. Estamos por llegar a Borja. Allí hay buen chipá.

Es el mismo tren en el que viaja Damiana Dávalos, que suplirá el recuerdo de otra hembra, Lágrima González. Una historia de erráticos desplazamientos, como es el éxodo de Casiano Jara y su familia, siempre vencidos y al final habitantes, casi indignos, del vagón solitario, después de haber escapado a todas las ignominias que un ser humano sea capaz de soportar, desde esa irracional pérdida de su libertad hasta la mera negación de un techo o de un abrigo para su hijo recién nacido. La llegada al hogar no supone, no puede suponer, mas que el situarse cerca de «El Cristo de Itapé (que) al principio fue un hereje...» y mezclarse con esa otra masa ya semienloquecida por el acarreo de tanta fatalidad, cayendo día a día sobre sus espaldas, o/y, también, por el fantasma irremediable de guerras y revoluciones, donde a la escasez de medios materiales había que unir la conjunción de una geografía adusta imperdonable y la adicción de una soledad de siempre unida a los hombres y a los paisajes. Tanto es así que incluso la visión de una leprosa, bella pero suficientemente lejana, hace que el capitán y la tropa «que vigilaban la leprosería», sientan una pequeña sensación de libertad. Es precisamente esa libertad que en el capítulo denominado «Destinados», y, a través de un diario de campaña, Roa Bastos nos va mostrando gracias a un relato que abarca distintos períodos para concluir con la historia cruel de su arrebatamiento o negación por unos poderes profundamente dictatoriales y nada humanos. Todo ello, sin embargo, tiene lugar al margen de los resultados de la Guerra Grande, además de asistir a escenas poco piadosas como es el ver a amigos y compañeros caer bajo la metralla enemiga en un campo de batalla terrible o, después ya, en las horas del regreso, conocer que los que aún quedan vivos advierten que su vuelta sólo tuvo por ridículo objeto el fenecer lejos de «aquel remoto cañadón del Chaco, calcinado por la sed, embriagado por la muerte» o el pasar a engrosar las habitaciones traslúcidas de los pobres hospitales de Asunción.

Uno y otro, todos los personajes que aparecen en el libro forman parte de esa inmensa pléyade que individualmente se pueden conocer como seres abocados a su eterna falta de libertad, resueltamente identificados como «hijo de hombre», casi en igualdad de condiciones con el Cristo de Gaspar Mora y tan abandonados a su destino como «este pueblo tan calumniado de América, que durante siglos ha oscilado sin descanso entre el oprobio de sus escarnecedores y la profecía de sus mártires», ese pueblo llamado Paraguay, tan lejos de Dios y tan dentro de la pobreza.

II

No obstante, y pese al hermetismo de aquel país, parece que los últimos tiempos han deparado a Paraguay un lento desperezamiento, que podría concluir con la llegada de nuevas estructuras sociales y que podría posibilitar al tiempo un paso firme hacia la democracia. La marcha de Stroessner, algo inimaginable decenios atrás, y las tímidas reformas económicas del señor Rodríguez, a la sazón presidente por obra y gracia de un simple golpe de fuerza o de pactos ultraignorados entre las fuerzas que ostentan los poderes reales, parece conducir al pueblo a ciertos cotos de libertad, o comodidad, antes difíciles de obtener. Sin embargo, Paraguay es un país pobre, con escasos medios para superar su secular miseria y con pocas posibilidades para pagar su deuda. Por lo demás no es una nación estratégica que interese demasiado a las grandes potencias y las ayudas que por ese camino le puedan llegar no serán suficientes para su levantamiento.

Es, además significativo, que tras el derrocamiento de Stroessner pocas fueron las familias que eligieron el exilio salvo parte de la del dictador, que no olvidemos, es consuegro de Rodríguez. Esto vendría a significar, valga la redundancia, que en el aspecto político los cambios esperados tras el cambio eran, son, mínimos aunque desapareciera la foto del antiguo gobernante de los edificios públicos, bellamente sustituida por bordados de ñandutí y filigranas que representan el folklore del pueblo guaraní. Este escenario, un tanto confuso, en el cual la clase acomodada, dirigentes y empresarios de todo tipo, siguen disfrutando de similar confort al de años atrás, mientras es posible seguir contemplando en las grandes ciudades, y más en las pequeñas, a personas que caminan descalzas o un progresivo mercado negro casi con la complacencia de las autoridades, que se ven imposibilitadas para surtir de artículos de primera necesidad a la población. De ahí surgen con frecuencia manifestaciones, huelgas y protestas contra el gobierno tanto por parte de los campesinos, que ven sus productos mal pagados y su labor mal compensada, como por los obreros de todo tipo, cuyos salarios pocas veces alcanzan para mantener su familia, más o menos extensa. Estas protestas también se generalizan mediante carteles frente a los centros de gobierno o las grandes empresas explotadoras de determinadas riquezas del país. Pero también es cierto que la paulatina llegada de los otros paraguayos, aquellos que